

Ahora, de la primavera al verano

Fumi Yosano
Traducción: Raúl Curiel

La historia completa de este poema es la de una muchacha que vive con su madre y ha adornado la entrada de la casa con una persiana de bambú. Cuando su amado la visita, la persiana hace ruido a su paso. Si la mamá pregunta extrañada qué es ese ruido, ella le contesta: “es el viento, madre mía”. A este tipo de imputación o engaño es al que se refiere el texto.



Kano Eitoku, *Árbol, nubes y montaña*, siglo xvii

TEMAS AL FIN DE LA PRIMAVERA

Cantaba la modernidad del emperador Meiji: “¡El trabajo no me deja / ir a ver los cerezos de Koganei!”.

Un sentimiento surge al fin de la primavera, cuando caen las hojas de los cerezos. Poco después el cielo se torna gris y hay una sensación de tranquilidad. Es la impresión del verano que se aproxima, cuando encontramos



Maruyama Okyo, *El torrente*, s/f

estampillas arrinconadas en un cajón, la habitación desordenada, el color que se desvanece en los cuadros, las instantáneas, la plataforma del tren discontinuado, en la que los carteles conservan sus tonalidades. El sentimiento, luego de ver un diseño basado en la flor de cerezo y de colores algo subidos. Y lo que acaso llamaremos el sentimiento de una pequeña discrepancia del corazón.

No pensamos en las flores de la lejana primavera del próximo año. En los días calurosos el frío es sólo algo olvidado y, a flor de piel, los sentidos se trasladan al unísono con una lejana fuerza del corazón, son uno mismo, como una estructura que difícilmente se mantiene y cuya sensación es de pesadez en los miembros del cuerpo. El verano significa una estación de sol, un país señalado por un sol resplandeciente. Una cadena de acontecimientos (acaso sentimientos) que no pueden dejar de ocurrir, sólo por los homogéneos rayos solares del verano, que brillan sobre una pared blanca. Hacia el atardecer de esos días calurosos, tratemos de disciplinarnos para imaginar los pequeños capullos de flores que aparecen al principio de la primavera. Para nosotros, lo que llamamos el pasado es algo que entendemos que no va y regresa fácilmente; el ánimo se mueve con suavidad y desarraiga la confianza, una excesiva confianza o, por otro lado, nos hace conscientes de que nos faltaba experiencia.

En la plenitud del verano, renace la quimera de que un día llegará la primavera. Esta continua disposición es una acción alejada de la realidad, sin romanticismo, violenta, que no causa dolor y que desde siempre, aunque se tratara de una ínfima acción intencional de la mente, ha causado irritación a los buscadores de la verdad que ambicionaban “La libertad sin restricciones”,

desafiando incesantemente el reconocimiento espiritual. Entonces, para arribar con penurias al cielo, entrelaza las palabras de cosas calladas, en un tiempo que no tiene un corte en su final ni un tiempo incalculado de comienzo.

Me invitaron cinco jóvenes, artistas desconocidas, a hacer las tarjetas descriptivas de sus obras en tela, papel, película y audio. Su trabajo consistió en “flores”; pero aunque se trata naturalmente de la primavera, no sólo crearon la tradicional flor japonesa del cerezo, sino que su tema “flores” abarcó un amplio repertorio de flores occidentales y de los países del sur. La obra de Maeterlinck, *Jardín doble*, que se desarrolla a fines del siglo XIX en Europa, discurre sobre flores nuevas, que han aparecido como un simbólico jardín gemelo sobre el ya conocido. Tal vez nosotros podamos sentir una admiración y una añoranza similares. Sin embargo, las personas que no se apartan de un punto de vista ecológico, como el calor casi tropical de las calles de grandes ciudades como Tokio, se alejan artificialmente de las radiaciones de calor local, de la resequeidad, del viento intempestivo y de la lluvia torrencial, y sólo por una especie de autosugestión se creen residentes ancestrales de regiones templadas. Esa sugestión, que incluye a la personal, es la autosugestión comunitaria, que con una velocidad diferente a la de la realidad (afortunadamente con poca movilidad), responde soportando los elementos inmutables de la cultura. Los cambios que vivimos son los de una dimensión diferente a la disputa de primacía de la flor de cerezo sobre la del ciruelo, que argumentaban estéticamente los nobles de Nara, y se trata de los cambios de vida de los seres que deben responder al ambiente biológico del clima. Sobrepasando los gustos

y las modas, nosotros deberemos unir el latir de nuestros corazones a las plantas para que resistan al clima y sobrevivan al ambiente actual.

Cuando terminaba la primavera y se sentía llegar el verano murió mi amiga, Sumiko Yagawa. Vivía en la montaña y a veces bajaba a la ciudad de Kurohime. Era de tez blanca y cuerpo menudo, y me enteré de su muerte por un artículo en el periódico matutino. A pesar de que el hecho ocurrió hace poco, no recuerdo en absoluto si primero leyó el artículo mi esposo y me lo enseñó o viceversa. Ese día ninguno de los dos tocó el tema. Y yo no tenía ni la fuerza de hablar con nadie por teléfono. Un poco antes, como preparativo para un trabajo de transmisión, yo había estado repasando en voz alta un capítulo sobre una escena de *El Principito* de Saint-Exupéry en la que el protagonista habla del amor con la rosa. Fue entonces cuando me di cuenta que el Principito no volaba para regresar a una estrella, sino que gracias al veneno de una pequeña víbora amarilla que acechaba en un rincón del desierto, en un instante, regresaba a un planeta lejano al igual que el autor del libro: al año siguiente de la publicación, partió de la isla azul de Córcega en ese vuelo de reconocimiento del que no volvió, e inadvertdamente relacioné por primera vez la similitud de la decisión de Walter Benjamin, quien antes del fin de la Segunda Guerra Mundial decidió morir en uno de los extremos de los Pirineos. Éstas son a primera vista, historias de mundos diferentes y mundos de diferentes historias, pero que al visualizarse, imponen la felicidad de la época infantil y la protección de un pequeño jardín que poseía un encanto común. Sumiko dijo hace mucho tiempo:

¡Cómo nos festejaban nuestros cumpleaños!”. En el hogar de unos conocidos en Tokio, antes de la Segunda Guerra

Mundial, con fiestas de cumpleaños sencillas, pero teniendo un sabor muy modernista.

Esta expresión me pareció dicha con un poco de orgullo y llena de una gran nostalgia.

Ahora, en medio de este cambio radical de la primavera al verano, entra por el resquicio de la ventana un poco de viento fresco. El vientecillo me llega a través de la muñeca de la mano derecha que está en el teclado, se mueve al codo y de pleno al antebrazo y sube suavemente hacia el cuello. Después de que la nuca lo repele, ese viento desaparece en el cuarto. En mi juventud, el viento transitaba con un leve ruido, expandiéndose circularmente de manera imperceptible sobre la Tierra. Según la teoría del movimiento dinámico, podía observarse al viento correr derecho sobre los cúmulos de blancas nubes desde las ventanillas de los aviones o de otro modo, su zumbido, producido por los tifones, exaltaba el conocimiento ya fuera de día o de noche o, asimismo, durante los cincuenta últimos días del invierno, producía el recuerdo de una tormenta de arena (*Hanshin*) que eleva su polvo en círculos. Ahora, el viento se desliza sin ruido a través de la ventana en una estación indefinida de tiempo (siendo un viento que sopla fresco... —aunque lejano—), viento que se considera sagrado, que se considera un suspiro, en contraste con el “viento” infinitesimal que los filósofos de la Grecia antigua sentían como un pequeño espíritu de vida (*pneuma*) y con el “viento” que imputaba acusaciones en los poemas antiguos del Manyōshū y que después de todo no será el mismo profundo suspiro, o el viento de escenas en que los excéntricos al atardecer impulsaban los juegos de pelota.

Si mi madre pregunta qué es el ruido en la persiana de adornos de bambú, le diré que es el viento. [1]

En la plenitud del verano, renace la quimera de que un día llegará la primavera.



Suzuki Harunobu, *Recogiendo flores*, siglo XVIII



En-I, *Ippen Shonin E-den*, 1299